

Hoy es tarde. . . ¡eres muger!
 Leo en tu frente humillada
 El porvenir de la nada
 Entre las huellas de ayer.
 Veo en tu rostro bullir
 Ese torcedor secreto. . . .
 Tu velar es hoy inquieto,
 Es inquieto tu dormir.
 Lívida está tu mejilla,
 En desórden tus cabellos. . . .
 Muger, mal prendida en ellos
 Olvidada una flor brilla.
 Anoche en vez de oracion,
 Desesperada en el lecho,
 Exhalaste de tu pecho
 Sacrilega maldicion.
 Que en el cristal trasparente
 Contemplastes aterrada
 Del negro crimen grabada
 La marca infame en la frente.
 Que mal sujeta á tus flores
 Entre tus gasas y lazos,
 Rasgando van á pedazos
 Tu hermosura los dolores.
 ¡Ay! inútilmente lloras
 El desvanecido encanto,
 Entre las ondas del llanto
 No vuelven, muger, las horas.
 Dióte el mundo oro y placeres
 Cumpliendo al fin tus afanes,
 Idolo de los galanes,
 Envidia de las mugeres;
 Y á la luz saliste ufana
 Con tu hermosura ¡oh muger!
 Sin acordarte de ayer,
 Y sin pensar en mañana.

¡Ay! en la tumba concluyen
 El gozar y el padecer
 Del mundo vano.
 Y los vicios nos destruyen,
 Y nos matan ¡oh muger!
 Tarde ó temprano.

Y tú, caída palmera. . . .
 Porque vendiste tu amor
 A precio infame,
 Has querido, vil ramera,
 Que á tus puertas el dolor
 Mas presto llame.

 Tal vez lúbrico magnate
 Te inundó por un placer
 De oro y cariño,
 Y mientras su rey combate
 El te cobija, muger,
 Bajo su armiño.
 Tal vez coronada frente
 Descansó en tu impuro pecho

Tu amor comprando,
 Y hoy el mendigo indigente
 Te negará el pobre lecho
 Tu frente hollando.

Pasaron, niña, los días,
 Con ellos las ilusiones
 Infantiles,
 Con ellos vienen impías
 Las tormentas y aquilones
 De tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,
 Remordimiento, amargura,
 Y desengaños:
 Que en sus pliegues roedores
 Gala, placer y hermosa
 Hunden los años.

¡Murió! La voz de la fatal campana
 Apagó su memoria y su oracion;
 Nadie su nombre buscará mañana;
 Yace su tumba en fétido rincón.
 Aquel clamor fatídico y doliente
 Se plegó entre las flores del jardín,
 Vibró con los cristales de la fuente,
 Rodó sobre los brindis del festín.
 Y en oculto elegante gabinete
 Brusco y agudo penetró también,
 Y se estrelló entre el humo del pebete
 De alguna hermosa en la tocada sien.
 Pero una sola lágrima, un gemido
 Sobre sus restos á ofrecer no van,
 Que es sudario de infames el olvido. . . .
 ¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

ORIENTAL.

Dueña de la negra toca,
 La del morado mongil,
 Por un beso de tu boca
 Diera á Granada Boabdil.
 Diera la lanza mejor
 Del Zenete mas bizarro,
 Y con su fresco verdor
 Toda una orilla del Darro.
 Diera las fiestas de toros,
 Y si fueran en sus manos,
 Con las zambras de los moros
 El valor de los cristianos.
 Diera alfombras orientales,
 Y armaduras y pebetes,
 Y diera. . . ¡que tanto vales!
 Hasta cuarenta ginetes.
 Porque tus ojos son bellos,
 Porque la luz de la aurora
 Sube al oriente desde ellos,
 Y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí
 Partido por gala en dos. . . .
 Le arrancaron para tí
 De la corona de un dios.
 De tus labios, la sonrisa,
 La paz, de tu lengua mana. . . .
 Leve, aérea como brisa
 De purpurina mañana.
 ¡Oh que hermosa nazarena
 Para un haren oriental,
 Suelta la negra melena
 Sobre el cuello de cristal,
 En lecho de terciopelo,
 Entre una nube de aroma
 Y envuelta en el blanco velo
 De las hijas de Mahoma!
 Ven á Córdoba, cristiana,
 Sultana serás allí,
 Y el Sultán será ¡oh sultana!
 Un esclavo para tí.
 Te dará tanta riqueza,
 Tanta gala tunecina,
 Que has de juzgar tu belleza
 Para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
 Por un beso de tu boca
 Diera un reino Boabdil;
 Y yo por ello, cristiana,
 Te diera de buena gana
 Mil cielos, si fueran mil.

A VENECIA.

I.

Allí está Venecia, la dueña opulenta
 De antiguos, y nobles, y libres blasones;
 Venecia la hermosa, la villa que cuenta
 Que á sueldo tenia soberbias naciones,
 Señora del mar.

Que cuenta que un día imperios y reyes
 Su gala envidiaron, su nombre temieron,
 Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
 Y enviáronla buques, soldados la dieron,
 Porque ella supiera batirse y triunfar.
 Un día á sus ojos la tierra callaba;
 Un día la tierra su nombre llenaba:
 Pasaron los días, Venecia pasó.
 Hoy es una viuda y hermosa sultana,
 Que tiene su corte ridícula y vana
 Allá en un palacio que su amo la dió.

Venecia la encantadora,
 La de los pardos pilares,
 De las ciudades señora,
 La señora de los mares.
 La corona de jardines
 Colgada sobre canales!

No son tu gala y festines
 Los que valen lo que vales.
 Hechizo de Italia, sí,
 Mas del poeta la lira
 No es por tí por quien suspira,
 No, Venecia, no es por tí.

¡Que valen tus gondoleros,
 Y tus regatas vistosas,
 Tus republicanos fueros,
 Tus máscaras revoltosas,
 Y tus timbres altaneros,
 Sin los ojos hechiceros
 De tus hermosas?

¡Ay! que tus días pasaron. . . !
 Venecia, la maravilla,
 A quien monarcas doblaron
 Otro tiempo la rodilla,
 Tus timbres ¡ay! se borrarón,
 Tus señores olvidaron
 La hermosa villa.

Antigua reina del mar,
 Mal encubres tu caída,
 Tus bodas al celebrar
 Con la posesion perdida.
 Lloro, Venecia, sí, lloro,
 Haz duelo en amargo llanto,
 Que tus esclavos, señora,
 Escupen sobre tu manto.
 Reina, tu Adriático brama
 Lejos ya de tus confines;
 Olvídale, noble dama,
 Entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,
 Tu rauda leon no vuela,
 Sobre sus garras dormido
 Por tu grandeza no vela;
 Briosos alazan herido,
 Su caballero ha perdido
 Freno y espuela.

Un capricho que pasó,
 Matrona opulenta, fuiste;
 Tu príncipe te olvidó;
 Hermosa, ya envejeciste
 Y tu tez se marchitó;
 ¡No pienses, Venecia, no,
 En lo que fuiste!

II,

¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
 Reir hasta que seca la garganta
 Niega paso á la voz enronquecida;
 Cantar, hasta que el alba se levanta,
 Que yace en el Adriático dormida.
 ¡Opulenta Venecia, rie y canta!

Rie y canta, señora de los mares,
Que la risa y la voz cubren el llanto;
Y mientras roe el tiempo tus pilares,
Y deslustra la lluvia el áureo manto,
Risa y juego, y festines, y cantares . . .
Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía
La voz de un enfermo apaga,
Que un suspiro de agonía
No penetra en un festin.
Canta, Venecia la bella,
Para cubrir el crujido
De tu poder que se estrella,
Y va rodando á su fin.

Levanta una carcajada
Para apagar un gemido,
Fatídica campanada
Preludio de un funeral;
Melancólica armonía
Que en la bóveda del templo
Vibra al espirar el día,
Y es un canto sepulcral.

Porque, pese á tus placeres,
A tu pompa y tu hermosura,
Hoy, Venecia, solo eres
Una memoria de ayer,
Un sepulcro cincelado
Entre flores y perfumes,
Donde yace abandonado
Tu carcomido poder.

Un velo blanco de lino
De una virgen desgraciada,
Ofrenda al verbo divino
Suspendida en un altar;
Barro inmundo en que grabaron,
Con mano desesperada,
El nombre que te legaron
Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
¡Reo cantar, beber, corta es la vida!
Que en un festin espléndido y brillante,
Duermes el *pasado*, el *porvenir* se olvida.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraíso de amar.

D. NICOMEDES PASTOR DIAZ.

I.

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra saludando al día
Desata rios, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando colores
Su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida
Vibra ronca la voz de la campana,
Señal primera de que vuelve á vida
Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
Cuando alza ufano la radiante esfera,
Gigante que trepando por el monte
Del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra
Que el ruido apaga y el espacio puebla,
Cuando del mundo en la gastada alfombra
Tiende su manto y azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina,
Entre sublime oscuridad velada,
Al opaco fulgor con que ilumina
Esa luna de estrellas coronada.

Bello es el mundo, sí, la vida es bella . . . !
Dios en sus obras el placer derrama:
Solo no encuentra su contento en ella
Un corazón que el imposible ama.

El solo melancólico suspira,
Cuando el alba purpúrea se eleva;
El solo melancólico la mira
Como en sus pliegues su esperanza lleva.

Solo él sabe que el sol en occidente
Al sepultarse, le arrebató un día,
Y la noche al caer sobre su frente,
Con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra y las estrellas,
Ven las horas rodar . . . y sus dolores
Rodar también para volver con ellas!

Corazon que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazón acosado,
Carcomido y desgarrado,
Por amarguras de amor:

No sabes cómo se llora
Con ese llanto que quema,
Con la noche y con la aurora,
Con ese sol que colora
En la frente un anatema.

Se llora con el placer,
Se llora con el pesar,
Con el recuerdo de ayer,
Y mañana . . . hay que llorar,
Si nos ama una muger.

Tú, velado á la tormenta
De borrascosa pasión,
No sabes cómo se aumenta,
Cómo inflamada revienta
La pena en el corazón.

Cómo le devora eterno
Ese esperar indeciso,
Cómo abrasa el fuego interno
De tener hoy un infierno,
Donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!
¡Sentir y no consentir!
¡Morir viviendo olvidado!
¡Ay! ¡morir de enamorado
Y no poderlo decir!

Bullir en el pensamiento
El bello ser de otro sér . . .
Y ese roedor tormento,
Que hemos bebido en el viento,
En la voz de una muger!

Sí, mis oídos la oyeron,
Mis ojos la contemplaron;
Era hermosa y la creyeron . . .
Mis oídos me mintieron
O sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
Para dejar sobre la tierra impía
Alguna oculta maldición del cielo,
Y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,
Y por único alivio en mi honda pena,
"Canta," me dijo, y la visión flotando
Se deshizo en la atmósfera serena.

II.

A DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Poeta, ven, y cantemos
A una voz nuestros amores;
En una arpa los lloremos,
Que bien cobijarse vemos
A un árbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,
Tú cantarás mi dolor,
Que igual el de entrambos fué,
Y harto yo solo lloré
Una muger, un amor.

Hagamos doliente y tierno
A nuestro canto improviso,
Del mundo un recuerdo eterno,
Y donde estuvo un infierno
Alcemos un paraíso.

A DON JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

Es el poeta en su misión de hierro,
Sobre el sucio pantano de la vida,
Blanca flor, que del tallo desprendida,
Arranca por el suelo el huracán.
Un ángel que pecó en el firmamento,
Y el Señor en su cólera le envía
Para arrastrar sobre la tierra impía
Largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,
Y una sublime inspiración su alma,
Por eso el corazón de triste duelo
Vestido está también.

Que por único alivio en su tormento
Solo le queda una canción inútil,
Y una corona que le arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, bardo sombrío,
Tú que á remotos climas has llevado
Tu noble y melancólico cantar;
Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
Como pacífico arrullo
De aislada tórtola triste;
Como fuente abandonada,
Que levanta su murmullo
Sobre la pena olvidada.

Como el ósculo inocente,
Con que el maternal cariño
Selló la tranquila frente,
De su hijo más pequeño,
Como el suspiro de un niño,
Al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra:
Camina en paz, errante peregrino,
Hasta leer el porvenir que encierra
El libro del destino
Escrito para tí.

Hasta que espiren los revueltos días
Que señaló en su mente Jehová,
Y en tu destierro tu delito espías,
¡Ay! porque escrito está
Que has de salir aquí.
De aquí, del hediondo suelo
Donde te mandó el Señor

Detener tu raudo vuelo,
Para cantar tu dolor
Sin que se oyera en el cielo
Y bien pesó tu amargura
Al traerte á esta mansion,
Dando al hombre en su locura
Una soñada ventura,
Que no está en tu corazon.

Que él no comprende el tormento
Que su espíritu combate,
Ese amargo sentimiento,
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.

—“Hay una flor que embalsama
“El ambiente de la vida,
“Y su fragancia perdida
“Tan solo no se derrama
“En tu alma dolorida.”

Es un privilegio impío
Mirar el placer ageno,
En su loco desvario,
Y en el corazon vacío
Sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta muger hermosa,
Con esa tez trasparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galan,
Tanta enamorada bella,
Que en plática amante van
Sin curarse él de tu ufan,
Sin adivinarle ella.

¡Y el poeta en su mision
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazon,
¡Sin mas que una maldicion
Escrita en el pensamiento!

De su sentencia mortal
Con un día, y otro día,
Llenando el cupo fatal,
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.

A

Déjame oír tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro;
Solo y perdido peregrino en tanto
Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía,
Y es justo que le cantes y le adores:
Puro y tranquilo resbaló tu día,
Tu sien de niño coronó de flores.

Para tí son la risa y los festines,
La tierra para tí tiene placeres,
La tierra para tí tiene jardines,
Y para tí son bellas las mugeres!

Y tiene luz el cielo trasparente,
Color azul y lánguidas estrellas,

Y ese fanal que alumbra tristemente
Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
Quema y devora cuanto en torno nace,
Arroyo que al caer de la cascada
En cristalinas trenzas se deshace;
Pero llega torrente á la llanura,
Y arranca frutos, arboles y flores,
Y al campo roba gala y hermosura
Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
Vine á surcar las ondas de la vida,
Con el alma penada y fatigosa,
Con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona
Y un nombre pido en agonía vana;
Mentida luz que de verdad blasona,
Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
Hecha de fuego mi alma,
Sin un momento de calma
En las horas que viví.

¿Por qué en el lánguido aliento
De una muger que suspira,
Solo el poeta respira

Su amargura y su tormento
¡Ah! ¿de qué le sirve al triste
La fogosa inspiracion,
Si es de tierra el corazon
Y su voluntad resiste?

En los góticos salones,
En las pintorescas ruinas
Canta con notas divinas
Sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,
Y en su entusiasmo violento
Su espíritu va en el viento
Por cima de las estrellas.

En la tierra... pasa el hombre
Y ve su miseria en calma:
¡Ay, no comprende su alma
Y no demanda su nombre!

Que es el poeta un bajel
Que de riqueza cargado,
Surca el mar alborotado
Para naufragar en él.

Mas yo vi el tronco mortal
De avaro conquistador,
Al amarillo fulgor
De lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,
Era de mármol su frente,
Doblada lánguidamente
Sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría,
Que el hierro no sujetaba,
Su espalda le sustentaba,
Si érase un hombre dormía.

Ví un rey, que el trono perdió
Porque al vasallo le plugo
Caminar junto al verdugo
Que el cadalso levantó.
Vi una hermosa que arrastraban
Sobre féretro asqueroso,
Y con cántico medroso
Sacerdotes le rezaban.

Vi ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mugeres
De sus hijos olvidados.

“Vivamos hoy,” se decían
En el lúgubre festin;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Y en mármoleo pedestal
Vi la sombra del poeta.
A quien el tiempo respeta
Y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,
Y alza al cielo su cabeza,
Fijos con noble fiera
Sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes
Orgullosos triunfador,
Intérprete del Señor
Sobre la ley de los reyes.

Oye, sublime cantor,
Si es fuerza que al fin sucumba,
Si al fin bajo á innoble tumba
A dormir con mi dolor;
Si al fin con el viento vago
Mis versos se perderán,
Cual fuentes que á morir van
Al cieno de hediondo lago;

Cuenta al mundo mi amargura,
Cuéntale mi suerte impía,
Que sepa al menos que un día
Quise volar á la altura.

Y borra, borra mi nombre
Si le han grabado en mi losa,
Que no le insulte orgullosa
La imbécil planta de un hombre.

Solo una flor amarilla
Que el cierzo marchitará,
Entre el césped brotará
De mi sepulcro en la orilla.

¡Pobre flor! ¿Por qué naciste
Sobre una tumba desierta?
¡No temas la noche yerta
Tan solitaria y tan triste!

¡Pobre flor! ¿A qué temprana
Diste al mundo tu sonrisa?

Hoy te mece fresca brisa,
Pero morirás mañana.
¡Ay! ¡pobre flor amarilla!
¿A qué tan presto brotar,
Si el cierzo te ha de agostar
De mi sepulcro en la orilla?

ORIENTAL.

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitán que los manda

Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo este á una muger
Que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana
Un nuevo Eden para tí.

Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con mas de cien surtidores.

Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza;
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
Estiendo mi señorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mio.

Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
Allí el nopal amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pié del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.

Sultana serás si quieres,
Que desiertos mis salones
Está mi haren sin mugeres,
Mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemira chales.

Yo te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Mas blancas que las espumas
De nuestros mares de Oriente.

Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios... amor!